

Homilía en la Eucaristía de Clausura del Encuentro de Visitadores

Viernes, 15 de junio de 2007, México
Solemnidad del Sagrado Corazón

Lecturas: Ezequiel 34,11-16; Romanos 5,5b-11; Lucas 15,3-7

En esta solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, creo que es muy apropiado que nos centremos en el significado del corazón, no sólo del corazón de Jesús, sino también de nuestros propios corazones. Puede parecer una afirmación obvia, pero para nosotros, es decir, los hombres que estamos aquí, la mayor parte del tiempo tratamos los temas más desde la perspectiva del pensamiento que del corazón. Quizás mucho de lo que hemos hecho estas semanas ha sido trabajo de cabeza. Es obvio que no necesitan estar en contradicción, por así decir, el corazón y la cabeza, sino en colaboración el uno con el otro. Nuestro desafío es permitir que lo que está en nuestra cabeza se filtre a través de nuestro corazón.

Dicho esto, avancemos hasta el corazón del asunto. Como hemos oído en la oración de entrada, cuando nos centramos en el corazón de Jesús, estamos centrándonos en el don del amor del Padre, no únicamente a Jesús sino a nosotros. El amor de Dios Padre viene del corazón de Cristo. Estamos llamados a recibir ese amor en nuestros corazones y, compartir, a cambio, ese amor con otros. El corazón es el símbolo del triunfo del amor.

Aunque la solemnidad se llama del Sagrado Corazón de Jesús, es interesante que la Palabra de Dios, que la Iglesia Universal nos presenta, se centre en la imagen del Buen Pastor. La relación entre ambas es obviamente la compasión del Buen Pastor para sus ovejas. Busca a las que se han dispersado. Las que se han perdido son recuperadas en virtud de su misericordia. Él cura sus heridas, fortalece a las débiles y las alimenta con justicia.

Nuestras Constituciones, en particular el n. 97, que se ha citado en el encuentro en varias ocasiones, nos invita, a quien ejerce la autoridad, a tener siempre delante de nuestros ojos el ejemplo del Buen Pastor, que vino no para que le sirvieran sino para servir. La Constitución nos recuerda que debemos ser conscientes de nuestra responsabilidad ante Dios, considerándonos servidores de la Comunidad

para fomentar el espíritu de san Vicente en una auténtica comunión de apostolado y de vida.

Como Visitadores, estáis llamados a buscar al que se ha perdido, recuperar al extraviado, vendar al herido, fortalecer al débil y alimentar a aquellos miembros de vuestra provincia con justicia. Mis Asistentes y yo mismo estamos llamados a realizar la misma comunión con vosotros a través de los servicios que proporcionamos para fortalecer la verdadera comunión de apostolado y de vida entre los miembros de la Congregación de la Misión.

Nuestras actitudes hacia los que están bajo nuestro cuidado deben ser, en primer lugar y principalmente, las actitudes del Buen Pastor, lleno de aquella compasión que fluye del corazón de Cristo. Este modo de tratar a los otros pone el acento en el amor. Tenemos que creer que el verdadero amor por los otros, especialmente los que están bajo nuestra atención, es la mejor manera de resolver cualquier dificultad o desafío que podamos afrontar. Esa es la razón por la que afirmamos que el corazón es el símbolo del triunfo del amor sobre todo lo que habla de mal, habla de heridas, división, choques y angustia. El amor del corazón de Cristo trae curación y paz.

Nuestro papel como buenos pastores, como hombres llenos de compasión, está dirigido principalmente a los que están bajo nuestro cuidado, los miembros de las diferentes provincias. Sin embargo, no podemos permitir que ese cuidado nos absorba completamente. Estamos llamados a salir fuera con nuestro cuidado y solicitud, con y desde la realidad de los pobres. Animar a nuestros misioneros en la provincia a hacer lo mismo puede proporcionar mucha curación y renovación de corazón, porque, como san Vicente claramente nos recuerda, es entre los pobres que encontramos la verdadera religión. Es en unión con ellos, en solidaridad con ellos que encontramos el camino de la salvación.

Les apremio, como Visitadores, juntamente con los miembros de su provincia, a estar continuamente preocupados por los pobres con relación a problemas de justicia y paz. Les apremio a establecer o garantizar que ustedes o miembros de su provincia estén implicados en Comisiones de Justicia, Paz e Integridad de la Creación. Tal comisión ya existe a nivel internacional y nacional. También les animo a que tengan más contacto con nuestro representante ante las Naciones Unidas, Padre Joseph Foley. Joe, como vimos en el informe y en otros informes, así como en su página web, nos anima a implicarnos en muchas iniciativas para bien de los pobres, con los pobres. Les animo a reflexionar en estos materiales, elaborados por la Comisión Justicia, Paz e Integridad de la Creación así como en los documentos del representante de nuestra ONG ante las Naciones Unidas, para que la compasión que tenemos para los pobres como Congregación pueda empujarnos de un amor afectivo hacia un amor más efectivo.

Concluyo mis comentarios, al final de este encuentro de Visitadores de la Congregación de la Misión, pidiendo perdón, como Superior General vuestro, por las veces que no he actuado desde la perspectiva de un buen pastor. Les pido que recen por mí y por mis Asistentes, que podamos trabajar de forma unitaria para ayudar a promover la vida espiritual y apostólica de toda la Congregación de la Misión; que nosotros, como Consejo General, seamos capaces de profundizar nuestra compasión por vosotros, como Visitadores, y por los miembros de vuestras provincias en nuestras deliberaciones con vosotros en todas las materias, sean formales e informales.

Al compartir la Eucaristía este día, creamos firmemente que este es el sacramento del amor de Dios, que ha sido derramado por nosotros y que recibimos en nuestro corazón. Unidos en torno a esta mesa del Señor, avancemos en fidelidad a Jesucristo, Evangelizador de los Pobres.

A handwritten signature in black ink, reading "G. Gregory Gay, C.M." with a stylized flourish at the end.

G. Gregory Gay, C.M.
Superior General